

schatka donde tomó parte en la empresa de Benjowsky, y murió durante la travesía del Océano Pacífico (1).

En 1769 otro soldado desertor, Mamykin, hizo correr la voz, por los alrededores de Astracan, de que Pedro III vivía aun y de que pronto se presentaría en público y concedería los mas amplios derechos á los vasallos (2).

Estas empresas y estos rumores no ofrecían peligro alguno, porque el gobierno tenía ocasion para apoderarse de sus autores y hacerles inofensivos; pero con facilidad podían ofrecerse crisis mas graves, pues en los territorios del Sudeste del imperio, especialmente, había sobrados elementos para una rebelion.

Un año antes del levantamiento de Pugatscheff, y en las mismas comarcas en que este apareció, presentóse un cosaco desertor con la pretension de ser reconocido como Pedro III: otro cosaco desempeñaba el papel de secretario de Estado; ambos habian comunicado el plan á otros cosacos y todos juntos habian decidido marchar á la pequeña ciudad de Dubowka, proclamar allí emperador al supuesto Pedro y poner presos á sus oficiales. La energía de uno de estos hizo fracasar el plan y ahogó la revolucion en su germen. En efecto, el oficial se dirigió á la cabaña donde se encontraba el aventurero, á quien dió un bofetón, llamando luego á sus amigos para que se apoderaran del fingido Pedro. Los cosacos obedecieron, verificándose en un momento la prision del supuesto emperador y de su secretario de Estado. El proceso duró algunos meses, descubriéndose por él que los cómplices del cosaco eran en número considerable. En Zarizyn, en donde estuvieron detenidos los delinquentes, creyeron muchos habitantes que el verdadero Pedro III era tratado como un criminal. Los presos fueron conducidos de noche, con grandes precauciones y por un gran número de hombres armados, por temor de que el pueblo los libertara, como ellos esperaban. La circunstancia de haber muerto, al poco tiempo, en un buque, el pseudo-Pedro y de no conocer el pueblo su paradero, dió márgen á las empresas del peligroso aventurero Pugatscheff (3).

Algunos meses despues, apareció, en efecto, este, que dió que hacer á los órganos del gobierno mucho mas que los que le habian precedido, y cuya historia debe estudiarse enlazada con los movimientos de las masas.

Con la ejecucion de Pugatscheff, no desapareció sin embargo el peligro, el cual duró todavía largo tiempo.

En el año 1774, fué condenado otro supuesto Pedro, cuyo verdadero nombre era Foma Mossjakín (4). De las actas de otro proceso se desprende que un vasallo, llamado Sergueyeff, se hizo pasar en 1776 por Pedro III, reuniendo en torno suyo una cuadrilla de aventureros que dieron crédito ó aparentaron darlo á sus fábulas: el objeto principal de esta empresa era saquear los bienes de los señores. El gobernador de Woronesh, Potapoff, mandó prender á toda la pandilla compuesta de 96 hombres. Las actas del proceso no han legado completas á nosotros, siéndonos especialmente desconocido su resultado (5).

(1) Véase el trabajo de A. Barssukoff en la *Rusia antigua y moderna*, 1875, I, 182-184.

(2) Ssolowiewf, XXVII, 161.

(3) Véanse los detalles de ese episodio en la *Memoria* de Runitsch, en la *Russkaja Starina*, II, 125.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, 141. Otro aventurero, Metelka, apareció en el propio año. Véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 17.

(5) Las actas que se refieren á Kremneff, Mossjakín y Ssergueyeff, aventureros que aparecieron en el gobierno de Woronesh, las coleccionó Bludoff. Véanse sus biografías por Kowalewsky. San Petersburgo, 1865, suplemento.

En 1778, un soldado ebrio refirió á sus camaradas, en el baño, que en las estepas de Crimea se encontraba el ex-emperador Pedro III, al frente de un ejército, añadiendo que habia sido hecho prisionero en Zarizyn, pero que allí mismo habia sido puesto en libertad por algunos cosacos del Don. Dijoles además que un general cuyo nombre era «Estrella de hierro,» habia librado una batalla contra las tropas de la emperatriz; que se esperaba de un momento á otro la llegada del emperador á Rusia, y que si bien se habia enviado á Rumjanzoff para defender las fronteras, este habia declarado que no combatiría contra el emperador.

El soldado fué preso y llevado ante un tribunal, en donde se le sometió á una especie de martirio. No obstante, se demostró que aquel hombre, que habia oido contar la tal fábula por la calle, no ocultaba ningun designio punible; y considerándose como castigo suficiente los golpes que habia sufrido durante el interrogatorio, fué puesto en libertad (6).

En 1780, un aventurero, llamado Chanin, en las bajas comarcas del Volga, dijo que la noticia de la ejecucion de Pugatscheff era falsa y que él era el Pugatscheff salvado, en quien el pueblo habia reconocido á su legitimo emperador Pedro III. Algunos dieron crédito á sus palabras, y en efecto habia sucedido, durante la sublevacion de Pugatscheff, que los tribunales habian propalado el rumor de que este y toda su cuadrilla habian sido derrotados, lo cual resultó falso, y por la misma razon podia tambien serlo la noticia de su ejecucion.

Chanin tuvo un gran número de partidarios, contándose entre ellos sacerdotes y vasallos. En marzo de 1780 fué cuando el aventurero comenzó á representar su papel; pero no trascurrió mucho tiempo sin que fuera preso. La causa duró mucho tiempo y las últimas diligencias del proceso se han perdido; pero es probable que aquel pseudo Pedro acabara su vida víctima de los golpes de knut ó en las minas de Siberia.

Los rusos parecían estar muy acostumbrados á esta clase de apariciones (7).

Cuando en el otoño de 1790 llegó á San Petersburgo la noticia de la ejecucion verificada en Estocolmo de uno de los principales culpables de la confederacion de Anjala, llamado Härteskos, la emperatriz se mostró muy disgustada y encargó al baron Igelström que manifestara su descontento al embajador sueco, general conde Stedingk. Este escribió á Gustavo III diciendo que se le habia presentado Igelström, expresándole la sorpresa que le habia causado tanta severidad, y manifestándole que Catalina se mostraba, en casos análogos, mas benigna. En la propia ocasion participó Igelström al conde que, durante su permanencia en el gobierno de Ufa, habia visto tres casos en los cuales tres distintos aventureros, que se habian hecho pasar por el difunto emperador Pedro III, no habian sido condenados á muerte, sino á otros castigos (8).

Bien puede afirmarse que hasta el presente solo se han descubierto parte de las actas de los procesos relativos á casos análogos. De relaciones como esta del ex-gobernador de Ufa, se deduce que hubo muchos mas episodios de esta índole. Paulatinamente y como por casualidad, se descubren constantemente nuevos casos de pseudo pretendientes (9).

De esta suerte, veinte años despues de la catástrofe de Pedro III, tenia aun que lucharse contra la sombra del ex-

(6) *Archivo de Rusky*, 1878, II, 472.

(7) Mordonzeff reunió muchos datos acerca de ellas en su monografía, *Pretendientes y ladrones*, 2 tomos. San Petersburgo, 1867, (ruso).

(8) Memorias póstumas del feldmariscal conde de Stedingk, publicadas por Bjornstjerna, Paris, 1844, I, 386.

(9) Véase por ejemplo el caso sorprendente de un tal Bunin, á quien una mujer quiso obligar á desempeñar el papel de pretendiente. *Archivo de Rusky*, 1871, pág. 2.055-2.065.

emperador, sombra que podia constituir un grave peligro cuando aparecia en comarcas que se encontraban en buenas condiciones para sublevarse contra el poder del Estado.

Tambien en el extranjero se presentaron fingidos Pedros III. En 1773, escribia desde Zante el conde Mocenigo que en la ciudad de Arta, en la Albania turca, habia aparecido uno de estos aventureros. Nada, sin embargo, sabemos acerca de este episodio (1).

Ya anteriormente, en 1767, habia circulado por el Montenegro el rumor de que Pedro III vivia aun y de que se pre-

sentaria para libertar y unir á todos los pueblos eslavos que se encontraban bajo el yugo de los turcos. En setiembre de 1767, apareció un supuesto Pedro III en la provincia montenegrina de Maina: era este Estéban Malyi, y consiguió, durante algun tiempo, conquistarse cierta soberanía en el Montenegro. En una explosion, perdió la vista, siendo asesinado (1769). Estéban apenas pertenece á la historia de Rusia y se diferenció esencialmente de Pugatscheff y de otros aventureros por su talento é ilustracion. Para la emperatriz era infinitamente menos peligroso que aquellos cosacos y bandidos que predicaban la revolucion social (2).

## CAPITULO IV

### PUGATSCHIEFF

Triste situacion del pueblo.—Sublevaciones de los vasallos.—Sectarios.—Cuadrillas de bandidos.—Vida de Pugatscheff.—Peligro progresivo para el Imperio.—Pensamientos de Catalina acerca de la rebelion.—Victorias de los rebeldes.—Peligro supremo.—Guerra de vasallos. Fin de la rebelion.

El peligro que á Catalina habia amenazado por parte del preso de Schlüsselburg, el ex-emperador Ivan Antonowitz, no habia sido de gran importancia. Pronto podia tambien acabarse con la sombra de Pedro III, á no ser que se ofrecieran circunstancias muy favorables para la oposicion. Si algunos temerarios ó diletanti políticos querian hablar en los circulos militares de los derechos de Pablo al trono, esto venia á ser mas un juego de niños que un verdadero peligro. Ninguno de estos pretendientes representaba por sí mismo un poder que ni por asomo pudiese ser comparado con la autoridad de Catalina. Los partidos políticos carecian de esa instruccion, única que podia oponer obstáculos á la marcha del gobierno ó hacer discutible su existencia. Si en algunas esferas de las clases elevadas existia algun descontento, podia siempre tenerse por seguro que dentro de las mismas clases habia elementos bastantes para sofocar todas las aficiones levantiscas. Contra Arsenio Mazeyowitz habian aparecido otros sacerdotes enérgicos, como Ssytchenoff, y el mismo Sinodo. Los soldados y los oficiales rebeldes podian siempre estar seguros de que entre sus mismos camaradas tenian adversarios. Si amigos y enemigos del gobierno existente se mantenian firmes frente á frente, el talento, la energía, los atractivos personales y la realidad de la situacion de Catalina, puestas en la balanza de los primeros, no dejaba lugar á duda alguna respecto de quién seria el vencedor.

Muy distinta se presentaba la cuestion de la posibilidad de conservar la situacion conquistada si los instintos elementales del pueblo se levantaban contra el gobierno y el orden de cosas establecidos, si la rabia y la indignacion de millones de hombres exasperados por un mal sistema de gobierno, por absurdas instituciones y por inmorales funcionarios, promovian una guerra de clases y amenazaban acabar con la ordenacion del Estado y con todo el organismo social. Este peligro se presentó efectivamente. Podíase no considerar imposible sustituir el gobierno á la europea por

una dominacion de cosacos; derribar, por medio de grandes oleadas de los pueblos bárbaros de la mitad del Asia, una corte que se distinguia por sus finas costumbres, por la aficion á las tendencias espiritualistas del siglo; y lograr que los bandidos que, durante un buen espacio de tiempo, habian dominado en todo el Sudeste de la Rusia, penetraran, aprovechando el torbellino de una guerra de vasallos, en el centro del imperio y enarbolaran en Moscou y en San Petersburgo la bandera de la oclocracia.

Este era el peligro que consigo llevó la sublevacion de Pugatscheff: que se hiciera pasar por Pedro III, y que por casualidad hablase de los derechos de su hijo al trono, todo esto era accesorio, accidental: la esencia de la rebelion de Pugatscheff era la protesta contra una mala administracion, contra el mal gobierno, contra la esclavitud de los vasallos. No ha de sorprendernos que de todos estos males quisiera hacerse responsable á la emperatriz: las masas poco ó nada sabian de los esfuerzos que hacia en pro del bienestar del pueblo; y como ella representaba el Estado y la sociedad, cuya desaparicion era el objeto que los vasallos se proponian, la lucha contra lo existente debia necesariamente dirigirse tambien contra Catalina. El nombre de Pedro III, los pretendidos derechos de Pablo al trono, eran solo un simbolo de la rebelion, la consigna de la accion que iba á comenzar. Los elementos que declaraban la guerra á todo cuanto era poder, consideracion, bienestar y autoridad, habian de ser refractarios á toda soberanía, cualquiera que fuese su nombre.

No podia darse mayor contraste que el que formaban Catalina y Pugatscheff. Aquella, discípula de la literatura

(2) Véase la historia de Estéban Malyi en la Monografía de Mordonzeff, I, 1-58. Catalina, en un rescripto dirigido á Browne, decia que aquel «impostor» enviaba emisarios, de los cuales algunos se habian dirigido al embajador ruso en Viena, y deseaba que se adoptaran las medidas oportunas para evitar que penetraran en Rusia. Véase el *Siglo diez y ocho*, III, 193-197. En una carta dirigida á Alejo Orloff manifestaba Catalina la sospecha de que Estéban Malyi fuese el italiano Vandini que habia vivido en San Petersburgo y que á consecuencia de cierto contrabando habia tenido que huir del país. Véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*. Importantes datos encontramos en Ssolowiewf, XXVIII, 44-53.

(1) Véase el *Archivo del Consejo de Estado*, San Petersburgo, 1869, I, 389. Otro aventurero, llamado Senowitz, se presentó, en 1783, en el Montenegro, llamándose Pedro III, y fué despues á Polonia. *Russkaja Starina*, XVIII, 90.

civilizadora y representante de las ideas de progreso, tenía que sostener una lucha contra un caudillo de cosacos brutal y borracho. La Europa y el Asia se encontraban frente a frente; por un lado un amplio programa de gobierno, conforme con los ideales de un Montesquieu, de un Voltaire; por el otro la negación de toda legislación y administración que se basaran en principios humanitarios. De una parte, el talento y la educación, representados por una persona que había heredado las ricas conquistas de anteriores siglos; de otra, un semi-salvaje sin sombra de cultura humana, viviendo solo de los placeres del momento, siguiendo sus instintos animales y careciendo de toda aptitud. Así como anteriormente habían luchado el Czar Alejo contra Stenka Rasin, y Pedro contra los Strelitz, los sectarios y los caudillos cosacos, en nombre de la civilización general europea, del mismo modo Catalina tuvo que triunfar de los niveladores hijos del desierto que se distinguían por sus robos y asesinatos y que abrazaban al parecer el partido de Pedro III.

La victoria costó cara, pues una gran parte del imperio hubo de sufrir, durante mucho tiempo, las consecuencias de la guerra de los vasallos; pero no lo fué tanto, teniendo en cuenta que gracias á aquella violenta crisis, el gobierno pudo conocer algunas faltas que se notaban en el organismo del Estado. Puede decirse que la época en que Pugatscheff consiguió algunas victorias (desde setiembre de 1773 hasta el otoño de 1774) fué el año más desgraciado de todo el gobierno de Catalina. Esta, que se gloriaba de los resultados de su ciencia gubernativa, tuvo que dejar que el mundo entero viese cómo aquel pueblo cuya felicidad creía hacer, dirigía por medio de un acto violento de desesperación la censura más acerada á su modo de gobernar. Todas las teorías de los deberes de los príncipes y del bien común aparecieron en cruel contradicción con la realidad general. La «madre de la patria» fué renegada por sus propios hijos. Después de tan terrible conmoción había de parecer un sarcasmo oír hablar á la emperatriz de la prosperidad de su imperio, del bienestar nacional, de la riqueza del pueblo, y verla, en su inquebrantable optimismo, presentar la situación de Rusia como conforme con los ideales. Aquella soberana que combatía con energía el tormento y la pena de muerte y que defendía los principios de Beccaria, vióse precisada á castigar con dureza. A la faz del mundo, hubo de contestar á las violencias de aquellas bandas de verdugos con la decapitación y la horca; y aun cuando podía aconsejar á los jueces y escribanos que se mostraran benignos, hay que tener en cuenta que aquella sublevación solo con la violencia podía ser reprimida. Aquella orgullosa princesa, que en tanta consideración tenía la opinión pública en todo cuanto á ella y á su imperio se refería, manifestó repetidas veces el penoso escrúpulo de que tan horribles excesos por parte del pueblo, tantas discordias en el imperio, tan triste conflicto entre ella y sus súbditos, habían de causar una impresión tristísima. Sus esfuerzos para presentar aquel acontecimiento como un episodio de escasa importancia no tuvieron éxito alguno; pues sabido era que amenazaba un gran peligro al imperio; y que se jugaba el todo por el todo.

Se ha observado con razón, que una época como la de Catalina no merece el nombre de «época de oro» sino de «época dorada»; el exterior brilla, pero el interior tiene poca cosa digna de admiración. En Rusia, como en todas partes, era más fácil crear un gran Estado, reunir en un todo extensos territorios y elevarse á la categoría de potencia de primer orden, que gobernar y administrar, que poner fin á una guerra entre las clases de la sociedad y conseguir un lento pero seguro progreso en el destino de las masas.

El gobierno de Catalina consiguió brillantes victorias en

punto á política exterior, pero al mismo tiempo, violentas crisis interiores conmovieron la sociedad y demostraron la necesidad de hacer grandes reformas. La civilización y el poder absoluto podían muy poco, enfrente de las dificultades nacidas de elementos informes y naturales, para construir y organizar moral y materialmente la sociedad á la europea. La solución de las grandes cuestiones sociales, tales como la libertad del trabajo, el restablecimiento de la igualdad de derechos y de la protección legal, y la propagación de la instrucción y cultura verdaderas, estaba reservada á épocas posteriores. Al lado de la mejor voluntad y de los más nobles esfuerzos del gobierno y al lado del barniz europeo de las clases elevadas, seguían los elementos asiáticos enseñoreados de las clases bajas.

Aquejaban al organismo político y social profundísimos males. Con la manía de dictar reglas y disposiciones y ejercer la tutela sobre todo, se hacía ineficaz la máquina del gobierno. La voluntad y los planes del poder central no podían, á veces, nada contra la fuerza brutal de algunos millones de semi-bárbaros. Intentábase todo para establecer un orden mejor, pero sin éxito alguno. Las tendencias centralizadoras del gobierno, que se creía podrían conseguirlo todo, se estrellaban ante la fuerza centrífuga que en las clases bajas se notaba. El gobierno quería ordenar, dirigir, organizar; el vulgo representaba todo lo inorgánico é inestable. El edificio del Estado no pudo, durante mucho tiempo, lograr en todas sus partes la consistencia debida.

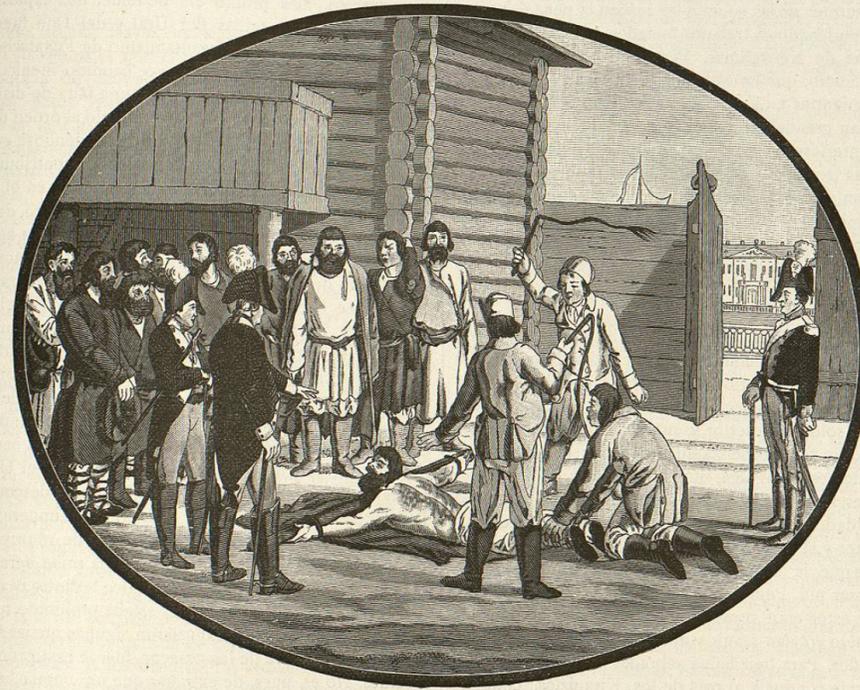
Esta impresión es la que se siente al considerar el levantamiento de Pugatscheff. Algunos solo han querido ver en él una rebelión de cosacos; otros le han considerado hijo de intrigas cortesanas; no falta quien haya creído que tan funesto episodio fué principalmente debido á los sectarios; y por último, han opinado muchos que toda aquella crisis no fué más que una conspiración instigada por la Polonia. Hoy, después de largas investigaciones, se ha acabado por ver en aquellos movimientos revolucionarios una causa más poderosa, á saber: la oposición entre el Estado moderno y el pueblo que seguía en su estado primitivo natural. Aquella lucha del proletariado contra las clases acomodadas fué la que se tradujo en un implacable odio del pueblo contra la nobleza y la burocracia; fué el efecto de la intolerable miseria que sufrían millones de labradores en Rusia; fué una protesta contra la servidumbre corporal y la desigualdad de derechos. El hecho de que la conmoción estallase en la época en que Diderot exaltaba la felicidad de Rusia y la patética musa de Dershawin cantaba en largos y sonoros versos la existencia paradisíaca y las lágrimas de alegría del pueblo ruso, aumentó la trascendencia del terrible drama en que se desarrolló aquella *Jacquerie* rusa.

A cada cosa le llegó su día: á la miserable existencia de los vasallos; á las cargas de la organización militar que eran más sensibles para las últimas clases del pueblo; al antagonismo entre las sectas y el modo de ser del Estado; á las relaciones especiales de las tribus asiáticas en el imperio ruso, que originaban frecuentes conflictos con el gobierno y con sus órganos; á la falta de administración de justicia y de cárceles; al capricho de los funcionarios; á la insuficiencia de la policía y á la pesadez del mecanismo burocrático. Todos estos estados excepcionales demuestran la extensión y profundidad de la crisis que conmovió al país (1).

(1) La literatura relativa á la rebelión de Pugatscheff es abundante y variada. Ya en 1770 aparecieron en el extranjero biografías del audaz aventurero. La primera obra acerca de la historia del levantamiento de Pugatscheff basada en el estudio de los archivos es la del poeta Puschkín, á cuya disposición puso el emperador Nicolás una parte de las actas

Ya en los últimos años del gobierno de Isabel y durante el reinado de Pedro III habían estallado en distintos puntos del imperio sublevaciones de vasallos, que se reprodujeron en los comienzos del de Catalina, la cual recogió en ellas la herencia de sus antepasados. Aquellos desórdenes, en vez de prestar apoyo á las ideas liberales de la emperatriz, fueron causa de medidas represivas. Las rebeliones más serias fueron las de los vasallos de las fábricas y los siervos de los bienes eclesiásticos. El haber secularizado Pedro III estos bienes mejorando la suerte de los vasallos del clero, y el haber dictado algunas disposiciones favorables á los sectarios, habían hecho muy popular su nombre entre las masas. En

cambio fué poco favorable á la emperatriz su formal declaración, hecha tan luego como hubo subido al trono, en vista de las sublevaciones de los vasallos y movida por los rumores de que en breve se iba á decretar su libertad, de que ampararía á los señores en sus derechos y privilegios y continuaría subsistiendo la servidumbre del terruño. De aquí que no produjeran efecto alguno las disposiciones que adoptó para mejorar la situación de los siervos. Algunos tiranos de vasallos fueron castigados, pero en el fondo subsistieron las crueldades que en las masas ejercían los privilegiados. Nada sirvió que Catalina reconociese lo espantosa que era la situación de los siervos y que castigara con multas la con-



Suplicio del knut, en la cancillería secreta de San Petersburgo. Acuarela copiada del natural, por G. Geissler. Copia del original que posee el Sr. Pablo Daschkow, en San Petersburgo

ducta de los señores y el exceso de cargas que pesaban sobre los vasallos: nada de esto podía aliviar tamaños males. De aquí que los vasallos emigraran á millares. Además los funcionarios del gobierno ponían de su parte todo lo posible para hacer más horrible la existencia de los siervos y colonos. El exceso de contribuciones era cada vez más insoportable; los impuestos eran muchos en número, y esto en una época en que subían los precios de todo, y se recaudaban con severa dureza, no cesando nunca los vasallos de murmurar, ni de ser castigados los desobedientes. Entre las plagas que sobre los labradores pesaban se contaban los alojamientos. La permanencia de las tropas en una aldea era una devasta-

ción sistemática. Todas las poblaciones eran en tal caso abandonadas por sus desesperados habitantes, los cuales se dispersaban por todo el imperio hechos unos verdaderos proletarios dispuestos á cualquier delito. La larga serie de leyes dictadas para perseguir á los vasallos fugitivos nos demuestra cuán generalizado estaba el mal. Los prófugos y los vagabundos eran incorporados á los regimientos, pero volvían á huir y amotinaban todas las aldeas formando grandes cuadrillas de bandidos, y tomando terribles venganzas de los señores.

Al comenzar el gobierno de Catalina, era tenido por los colonos de muchas comarcas como cosa cierta que la emperatriz quería su libertad, y es sorprendente el número de manifestos falsos que circularon anunciando la emancipación. La excitación se aumentaba por momentos: en vano aparecieron en todas partes funcionarios notificando oficialmente la falsedad de tales manifestos, pues los labradores decían que no eran estos los falsos, sino las instrucciones dadas á los funcionarios, á quienes llegaron á amenazar algu-

de aquella época. Entre los trabajos recientemente escritos sobre el asunto, encontramos «Los fundamentos y esencia de la Pugatschefschina» de Schebalsky (1865); *Pretendientes y bandidos* de Mordonzew (1867), los de Grow en las Memorias de la Academia (1862, 1863 y 1875), los artículos de Auntschin publicados en el *Russky Wjestnik* (1868, 1872), y las relaciones de Ikonikoff en la historia litográfica de Catalina II, pág. 271-509.